



**LA DEVOCIÓN
DE
LOS SIETE DOLORES**

Referencia: extracto de las
«Glorias de María» de san Alfonso de Liguori

UN DOLOR PARA CADA DÍA

Un amor tan grande como el que María nos otorga merece nuestra gratitud, y esa gratitud debe demostrarse, al menos, meditando y consolándose con ella en sus dolores. Pero se lamentó a santa Brígida de que pocos lo hicieran, así como de que la mayor parte del mundo viviera en el olvido respecto a los mismos: «Miro alrededor, a todos los que están en la Tierra, para ver si por casualidad hay alguien que se apiade de mí y medite sobre mis dolores. Por lo tanto, hija mía, aunque muchos me hayan olvidado, al menos tú no te olvides de mí; reflexiona sobre mi angustia e imita hasta donde puedas mi pena». Por ello, las gracias prometidas por Jesús a los que muestren devoción a los dolores de María son muy grandes. Pelbart relata que se le reveló a santa Isabel que, después de la ascensión de la santísima Virgen María al cielo, san Juan Evangelista deseaba verla de nuevo. Se le concedió el favor: su querida madre se le apareció y con ella también se apareció Jesucristo; entonces, el santo escuchó a María pedirle a su Hijo que concediera una gracia especial a todos aquellos que mostrasen devoción por sus dolores. Jesús le prometió cuatro principales: la primera, que aquellos que antes de su muerte invocaran a la Madre divina en nombre de sus dolores obtuvieran el perdón verdadero de sus pecados; la segunda, que protegería a todos los que se mantuvieran fieles a esta devoción en sus tribulaciones, especialmente en la hora de su muerte; la tercera, que Él impregnaría sus mentes con el recuerdo de su Pasión, y que serían recompensados por ello en el cielo; y la cuarta, que Él encomendaría tales seguidores devotos a las manos de María, con el poder de disponer de ellos de la manera que ella quisiera, y obtener para todos ellos las gracias que ella deseara.

El rosario de los siete dolores

LUNES

V. Oh Dios, ven en nuestra ayuda

R. Oh Señor, apresúrate para socorrernos

«Gloria Patri»...

El primer dolor de María

LA PROFECÍA DE SAN SIMEÓN

Pues en el templo, san Simeón, habiendo recibido al divino Niño en sus brazos, le predijo que su Hijo sería «la señal de la que se habla; y tu alma además un puñal traspasará».

MEDITACIÓN

Ella sabía que sería repudiado de muchas maneras motivos: contradicho en sus doctrinas; ya que, en lugar de ser creído, sería llamado blasfemo por enseñar que Él era el Hijo de Dios; como declarararía el impío Caifás, al decir: «Ha blasfemado, merece la muerte». Ridiculizado en su reputación, puesto que era noble, incluso de descendencia real, pero era despreciado como un campesino: «¿No es este el hijo del carpintero? ¿No es este el hijo de María?» Era la sabiduría personificada, y fue tratado como un ignorante. «¿Cómo conoce este hombre las letras, si nunca las ha aprendido?»; como falso profeta: «Y le vendaron los ojos y le golpearon la cara... diciendo: "Dinos, ¿quién es el que te golpeó?"». Fue tratado como un loco: «Está loco, ¿por qué lo escucháis?»; como un borracho, glotón y amigo de los pecadores: «He aquí un hombre que es un glotón y un bebedor de vino, un amigo de taberneros y pecadores»; como hechicero: «Por el príncipe de los demonios expulsa demonios»; como hereje y poseído por un espíritu maligno: «¿No decimos verdaderamente de tique eres un samaritano y llevas el demonio?», en una palabra, Jesús fue considerado tan infamemente malvado que, como le dijeron los judíos a Pilatos, no era necesario un juicio para condenarlo: «Si no fuera un malhechor, no te lo habríamos entregado a ti».

Un padrenuestro... Siete avemarías...Un «Gloria Patri»...

Jesús a María: Haz que tus dolores sean la salvación de mi alma y la salvación de todos los pecadores.

MARTES

V. Oh Dios, ven en nuestra ayuda

R. Oh Señor, apresúrate para **socorrernos**

«Gloria Patri»...

El segundo dolor de María

EL HUIDA DE JESÚS A EGIPTO

Contemplemos ahora el segundo puñal de dolor que traspasó el alma de María, cuando huyó con el niño Jesús hasta Egipto debido a la persecución de Herodes.

MEDITACIÓN

Herodes, tras oír que el esperado Mesías había nacido, de manera necia temió que le privaría de su reino. El impío Herodes, por lo tanto, esperaba noticias de los Reyes Magos acerca del lugar de nacimiento del Mesías, para poder ir y matarlo. Pero, al verse engañado, ordenó que todos los niños varones que se pudieran encontrar en Belén y sus alrededores fueran pasados por la espada. Fue entonces cuando el ángel se le apareció a san José y le dijo: «Levántate, toma al Niño y a su Madre y ve a Egipto». La afligida Madre supo en ese momento que la profecía de Simeón acerca de su Hijo estaba comenzando a cumplirse. Al ver cómo desde el momento de su nacimiento fue perseguido para matarlo, qué angustia debe haber infundido en su corazón la insinuación de ese cruel exilio de sí misma y de su Hijo. ¿Puede alguien imaginarse lo que debió haber sufrido María en este viaje a Egipto? La distancia era enorme: cuatrocientos ochenta kilómetros, por lo que supuso un viaje de más de treinta días. El camino era duro, desconocido y poco frecuentado. Era invierno, por lo que tuvieron que viajar bajo la nieve, la lluvia y el viento, por caminos pedregosos y en mal estado. ¿Dónde podrían dormir durante semejante viaje, especialmente en los más de trescientos kilómetros de desierto? Vivieron en Egipto con gran pobreza y debieron sufrir mucho durante aquellos siete años. Pues eran extranjeros, desconocidos, sin recursos, dinero o parientes, apenas capaces de conseguir sustento mediante sus humildes esfuerzos. Ludolfo de Sajonia también escribió al respecto que debe ser un consuelo para los pobres que María viviera allí en tal miseria que a veces ni siquiera podía conseguir pan para darle a su Hijo cuando, llevada por el hambre, lo pedía. La visión, por tanto, de Jesús con María y José, vagando como fugitivos por el mundo, nos enseña que también nosotros debemos vivir como peregrinos en la Tierra, distanciados de las cosas buenas que nos ofrece el mundo, y que pronto deberemos dejar para entrar en la eternidad. También nos enseña a abrazar nuestras cruces, porque sin ellas no podemos vivir en este mundo. Consolemos a María acogiendo en nuestros corazones a su Hijo, a quien, incluso ahora, los hombres persiguen por sus pecados.

Un padrenuestro... Siete avemarías...Un «Gloria Patri»...

Jesús a María: Haz que tus dolores sean la salvación de mi alma y la salvación de todos los pecadores.

MIÉRCOLES

V. Oh Dios, ven en nuestra ayuda

R. Oh Señor, apresúrate para socorrernos

«Gloria Patri»...

EL TERCER DOLOR DE MARÍA

JESÚS ES HALLADO EN EL TEMPLO

El dolor sobre el que tenemos que reflexionar en este día fue uno de los más grandes que tuvo que soportar María en su vida: la pérdida de su Hijo durante tres días antes de que fuera hallado en el templo. Debemos entender cuánto debió sufrir María por este tercer puñal de dolor que traspasó su alma, tras perder a su Hijo en Jerusalén durante tres días, en los que estuvo privada de su dulce presencia.

MEDITACIÓN

Ahora imaginemos qué ansiedad debió experimentar esta afligida Madre en esos tres días, durante los cuales estuvo buscando a su Hijo por todas partes y preguntando por Él como la novia del «Cantar de los cantares»: «¿Habéis visto al que ama mi alma?» Pero no tenía noticias de Él. Este dolor de María debe, en primer lugar, servir de consuelo a aquellas almas desoladas que ya no se solazan, como antes hacían, de la dulce presencia del Señor. Puede que lloren, pero deberían llorar con paz en sus corazones, pues María lloró por la pérdida de su Hijo. Pero quien desee encontrar a Jesús debe buscarlo, no en medio de los deleites y placeres de este mundo, sino entre cruces y mortificaciones, como lo buscó María: «Te busqué apenada», como María le dijo a su Hijo. Aprendamos pues, de María, «a buscar a Jesús». Es más, en este mundo no debemos buscar otro bien que Jesús. Como dijo Job: «He perdido lo que Dios me dio, pero todavía tengo a Dios mismo». Si María lloró durante tres días por la ausencia de su Hijo, ¿cómo deberían llorar los pecadores que han perdido la divina Gracia?, a quienes Dios les dice: «Vosotros no sois mi pueblo y yo no seré vuestro». Porque este es el efecto del pecado: separa a las almas de Dios. Vuestras iniquidades os han dividido a vosotros y a Dios. Por lo tanto, si los

pecadores poseen todas las riquezas de la tierra, pero han perdido a Dios, todo se convierte, incluso en este mundo, en vanidad, y eso los aflige, como confesó Salomón: «¡Ved! Todo es vanidad y aflicción de espíritu».

Un padrenuestro... Siete avemarías... Un «Gloria Patri»...

Jesús a María: Haz que tus dolores sean la salvación de mi alma y la salvación de todos los pecadores.

JUEVES

V. Oh Dios, ven en nuestra ayuda

R. Oh Señor, apresúrate para socorrernos

«Gloria Patri»...

El cuarto dolor de María

EL ENCUENTRO DE MARÍA CON JESÚS EN EL CAMINO AL CALVARIO

Cuanto más tiernamente lo amaba su madre, tanto más profundamente se encontraba herida. Cuanto mayor era su amor por Él, mayor era su pena al ver su sufrimiento, especialmente cuando se encontró con su Hijo, condenado a muerte y llevando su cruz al lugar de ejecución: se trata del cuarto puñal de dolor sobre el que tenemos que meditar.

MEDITACIÓN

María transita con san Juan por una calle por la que debe pasar Jesús, para encontrarse con su Hijo más dolorido. Mientras María esperaba en ese lugar, cuánto debió oír que decían los judíos, quienes pronto la reconocieron, en contra su amado Hijo; tal vez incluso palabras de burla contra Ella misma. ¡Ay, qué escena de dolor se presentó ante Ella! Los clavos, los martillos, las sogas, los fatales instrumentos de la muerte de su Hijo, todos los cuales fueron llevados ante Él. Pero he aquí que los instrumentos y los verdugos ya han pasado. Ella levanta los ojos y lo ve, ¡oh Dios! Un joven cubierto de sangre y heridas de la cabeza a los pies, una corona de espinas afiladas en la cabeza y dos pesados maderos a los hombros. Ella lo mira y, reconociéndolo a duras penas, dice en palabras de Isaías: «Su forma, desfigurada, perdió toda la semejanza de un hombre, su hermosura cambió más allá de la apariencia humana». El Hijo se limpió la sangre coagulada de los ojos y miró a su Madre, y la Madre miró a su Hijo. ¡Ah! Miradas de amarga tristeza que, como numerosas flechas, traspasaban de parte a parte esas dos hermosas y amorosas almas.

Pues aunque ver a Jesús moribundo le causara un dolor tan amargo, la amante María no lo abandonaría. La Madre también tomó su cruz y lo siguió, para ser crucificada con Él. Compadezcámonos pues de Ella, y vayamos también con Ella y con su Hijo, llevando con paciencia la cruz que nuestro Señor nos impone.

Un padrenuestro... Siete avemarías... Un «Gloria Patri»...

Jesús a María: Haz que tus dolores sean la salvación de mi alma y la salvación de todos los pecadores.

VIERNES

V. Oh Dios, ven en nuestra ayuda

R. Oh Señor, apresúrate para socorrernos

«Gloria Patri»...

El quinto dolor de María

LA MUERTE DE JESÚS

Allí estaba junto a la cruz de Jesús, su Madre, en presencia de su Hijo moribundo. Ved ahora si hay un dolor como el de Ella. Reflexionemos sobre el quinto puñal que, a la muerte de Jesús, traspasó el alma de María.

MEDITACIÓN

Tan pronto como nuestro agonizante Redentor llegó al monte Calvario, los verdugos lo despojaron de sus vestiduras y, tras atravesarle las manos y los pies con clavos, lo ataron a la cruz. Después de crucificarlo, plantaron la cruz y lo dejaron morir. Qué crimen, la crucifixión de Dios por parte de sus propias criaturas. Ah, Madre verdadera, la Madre más amorosa, a quien ni siquiera el miedo a la muerte podría separar de tu amado Hijo. Pero, oh Dios, qué cruel visión era aquella, contemplar a este Hijo en la agonía, mientras Ella misma sufría todos los tormentos por Él soportados. Todos los sufrimientos de Jesús lo fueron también de María: cada tortura infligida en el cuerpo de Jesús era una herida en el corazón de María. Quienquiera que estuviera presente en el monte Calvario pudo ver dos altares en los que se hicieron dos grandes sacrificios, uno el cuerpo de Jesús; el otro, el corazón de María.

Un padrenuestro... Siete avemarías... Un «Gloria Patri»...

Jesús a María: Haz que tus dolores sean la salvación de mi alma y la salvación de todos los pecadores.

SÁBADO

V. Oh Dios, ven en nuestra ayuda

R. Oh Señor, apresúrate para socorrernos

«Gloria Patri»...

El sexto dolor de María

EL TRASPASO DEL COSTADO DE JESÚS Y SU DESCENDIMIENTO DE LA CRUZ

Herida por otro puñal de dolor, una cruel lanza traspasa el costado de tu Hijo ya muerto, y debes recibirlo en tus brazos una vez que es descendido de la cruz.

MEDITACIÓN

Ahora debemos reflexionar acerca del sexto dolor que afligió a esta pobre Madre. Basta con decirle a una madre que su hijo ha muerto para despertar en esta todo el amor que siente por su hijo perdido. Un soldado blandió una lanza y la arrojó al costado de Jesús; inmediatamente brotó sangre y agua. Entonces, al ver el corazón de su querido Hijo traspasado, fue como si su propio corazón también lo hubiera sido. En sus otros dolores, al menos, había tenido la compasión de su Hijo para apoyarse. Pero ahora Él no estaba allí para consolarla. Solo gracias a la milagrosa intervención de Dios no murió también Ella. Entonces Jesús fue descendido de la cruz, con la Madre afligida esperando con los brazos extendidos para recibir a su amado Hijo, lo abrazó y luego se dejó caer al pie de la cruz. Su Hijo murió por los hombres. Los hombres continúan torturándolo y crucificándolo por sus pecados.

Un padrenuestro... Siete avemarías... Un «Gloria Patri»...

Jesús A María: Haz que tus dolores sean la salvación de mi alma y la salvación de todos los pecadores.

DOMINGO

V. Oh Dios, ven en nuestra ayuda

R. Oh Señor, apresúrate para socorrernos

«Gloria Patri»...

El séptimo dolor de María

EL ENTERRAMIENTO DE JESÚS

He aquí el último puñal de dolor de María, sobre el que ahora tenemos que reflexionar, por ser testigo de la muerte de su Hijo en la cruz y abrazar por última vez su cuerpo sin vida, esta bendita Madre tuvo que tenderlo en el sepulcro, para nunca más regocijarse con su amada presencia aquí en la tierra.

MEDITACIÓN

María tiene a su Hijo entre los brazos, perdida en el dolor; los santos discípulos, temerosos de que la pobre Madre pudiera morir de angustia, se acercaron a Ella para retirarle el cuerpo de su Hijo y llevarlo para su entierro. Finalmente, los discípulos alzaron la piedra y cerraron el sepulcro, y con él el cuerpo de Jesús, ese gran tesoro, un tesoro tan grande que ni en el cielo ni en la tierra lo había mayor. El corazón de María fue enterrado con Jesús, puesto que Jesús era todo su tesoro: «Donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón». «Esta Madre», dice san Bernardo, «se alejó tan afligida por el dolor que era todo lágrimas, a pesar de ellos, y por donde quiera que pasara, todos los que se encontraban con ella lloraban sin poder contener las lágrimas».

Un padrenuestro... Siete avemarías... Un «Gloria Patri»...

Jesús a María: Haz que tus dolores sean la salvación de mi alma y la salvación de todos los pecadores.

SALVE REGINA

Dios te salve, Reina y Madre,
Madre de misericordia,
vida, dulzura y esperanza
nuestra; Dios te salve. A ti llamamos los
desterrados hijos de Eva; a ti suspiramos,
gimiendo y llorando en este valle de lágrimas.
Ea, pues, Señora, abogada nuestra,
vuelve a nosotros esos tus ojos
misericordiosos; y después de este destierro,

muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu vientre.

¡Oh, clemente, oh piadosa, oh dulce Virgen María!

LETANÍA DE LOS SIETE DOLORES

Señor, ten piedad	Señor, ten piedad
Cristo, ten piedad	Cristo, ten piedad
Señor, ten piedad	Señor, ten piedad
Cristo, óyenos	Cristo, óyenos
Dios Padre del cielo	ten piedad de nosotros
Dios Hijo redentor del mundo	ten piedad de nosotros
Dios Espíritu Santo	ten piedad de nosotros
Santísima Trinidad, un solo Dios	ten piedad de nosotros
Virgen Hija de Sion	ruega por nosotros
Virgen de la pobreza	ruega por nosotros
Virgen de la compasión	ruega...
Virgen del sufrimiento	
Virgen de la reparación	
Virgen del silencio	
Virgen de las lágrimas	
Virgen del amor divino	
Virgen Hija del Padre todopoderoso	
Madre de la Iglesia	
Madre cuya alma fue traspasada por un puñal	
Madre de la Sagrada Familia en el exilio	
Madre que perdió a tu Hijo durante tres días	
Madre que lo encontró camino al Calvario	
Madre cuyo Hijo fue crucificado	

Madre que recibió su cuerpo de la cruz

Madre cuyo Hijo fue enterrado en la tumba de José

Madre del verbo encarnado

Reina vestida con el sol

Reina de los inocentes

Reina de todos los necesitados

Reina en enemistad con el diablo

Reina en guerra con el pecado

Reina de los penitentes

Reina de los perseguidos

Reina de los redimidos

Esposa real del Espíritu Santo

Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo

Perdónanos, oh Señor

Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo

Con gracia,
escúchanos, Señor

Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo

Ten piedad de
nosotros

Ruega por nosotros, santa Madre de Dios

Para que seamos
dignos de las
promesas de Cristo

Oremos

¡Padre celestial, alabado sea tu nombre por darle una Madre tan bendita a tu Hijo! En tu generosa misericordia, concédenos también ser ramas fieles de la vid, para compartir su aflicción en esta vida y dar fruto en la eternidad, donde Él vive y reina contigo y el Espíritu Santo, Dios único por los siglos de los siglos, amén.

Un padrenuestro

Un avemaría

Un «Gloria Patri»... por las intenciones del Santo Padre.